

Guido Donoso Núñez

Profesor Titular de Historia Universal Moderna y Contemporánea del Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de Concepción.

Profesor de Estado en Historia y Geografía y Educación Cívica. Titulado en la Universidad de Chile, 1953. Doctor en Historia, Universidad de Madrid, 1964. Ha desempeñado los siguientes cargos: en el Instituto citado: Jefe del Departamento de Historia Universal (1971-1973). Secretario Coordinador de la Comisión de Investigación en el mismo período; Secretario Académico desde noviembre de 1973.

Ha dictado cursos de perfeccionamiento para profesores secundarios de Historia y diversos cursos de su especialidad en las Escuelas de Temporada de la Universidad de Concepción.

Ha publicado varios ensayos de su especialidad en las siguientes Revistas: "ATENEA" (Universidad de Concepción); "CLIO" (Revista de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile); Revista "Occidente" (Santiago de Chile); "Revista de Historia", Instituto de Historia. Universidad de Concepción. Además, artículos en "El Mercurio" de Santiago y "El Sur" de Concepción.

sevilla en la obra de cervantes

Entre las distintas ciudades españolas en las que Cervantes estuvo de paso o residió, ocupa Sevilla un lugar muy significativo. Se ha supuesto que estudiara en el Colegio de la Compañía de esa ciudad, para el que tiene tantos gratos recuerdos en su novela ejemplar "El Coloquio de los Perros". Desempeñó diversos cargos de hacienda en tierras andaluzas, y, en particular, en la gran urbe del Guadaluquivir. Como se sabe, por diversos accidentes de su oficio que le fueron desfavorables, terminó en una cárcel, la de Sevilla con toda seguridad, donde traza el primer borrador de "Don Quijote".

En esa etapa de la vida del más grande escritor de la lengua —fines del siglo XVI y principios del XVII— Sevilla estaba en el apogeo de su prosperidad. Es la época en que la corriente de intercambio entre España y las Indias alcanza su punto culminante, dándole a la capital andaluza categoría de gran ciudad europea y emporio mercantil de relieve continental.

Sevilla —en virtud del monopolio comercial hispánico— concentra la totalidad del comercio con las posesiones ultramarinas; las flotas de Indias parten y retornan allí, y su preparación, zarpe y regreso, constituyen el gran acontecimiento que da ritmo a la vida de la metrópoli en el seiscientos y el setecientos. Mercaderías del resto de España y de países europeos —en gran parte destinadas a las flotas— se acumulan en Sevilla; también las que vienen del Nuevo Mundo: cueros, cochinilla, azúcar, cacao, y en especial, plata y oro.

"Cosa es de admiración y no vista en otro puerto alguno —escribe el cronista Alonso de Morgado—, las carretas de cuatro bueyes que en tiempo de flota acarrean la suma riqueza de plata y oro, desde el Guadalquivir hasta la Real Casa de la Contratación de las Indias" (1). Y en otra parte, deslumbrado ante tan ingentes caudales, escribía que "si toda la suma riqueza que ha entrado en ella después que las Indias fueron descubiertas, se empleara para el empedrado de las calles de Sevilla, se vieran empedradas de ladrillos de plata y oro, y perlas y pedrerías, como lo están de ladrillos de barro".

En ocasiones, el volumen y valor del tesoro americano recibido en la capital andaluza, alcanzaba proporciones asombrosas, como puede deducirse del texto siguiente: "En 22 de marzo de 1595 —anota el cronista Francisco Ariño— llegaron al muelle del río de Sevilla las naos de la plata de las Indias

(1) Alonso de Morgado: "Historia de Sevilla" (1587). Cit. Marcelin Defourmeaux: "La vida cotidiana en España en el Siglo de Oro", Hachette, Buenos Aires, 1966, pág. 94.

y las comenzaron a descargar, y metieron en la Casa de la Contratación trescientas y dos carretas de plata, oro y perlas de gran valor. En 8 de mayo de 1595, sacaron de la capitana tres carretadas de plata y oro, y en 23 de mayo de dicho año trujeron por tierra de Portugal, quinientas ochenta y tres cargas de plata y oro u perlas, que sacaron de la almiranta, que dio sobre Lisboa, y por los temporales trujeron la plata por tierra, que fue muy de ver; que en seis días no cesaron de pasar cargas de la dicha almiranta por el puente de Triana, y este año hubo el mayor tesoro que jamás las naciones han visto en la Contratación". (2).

Pero no sólo los historiadores contemporáneos exaltaban la fama de la ciudad de la Giralda. Lope de Vega en "El Amante Agradecido", indicaba:

Y si a ver te persuades
ciudades, vete a Sevilla
que en ella por maravilla
verás todas las ciudades.

"¡Oh gran Sevilla! Roma triunfante en ánimo y nobleza", la llama orgullosamente Cervantes en su poema "Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla". Ditirambos semejantes no es difícil encontrar en otros grandes de la literatura del Siglo de Oro español.

Obviamente, una ciudad tan importante —prácticamente el centro de gravedad de la economía europea de la época— no podí dejar de atraer multitudes de mercaderes nacionales y foráneos, deseosos de participar de las grandes posibilidades de lucro que su actividad comercial podía depararles. Así, los genoveses, que a comienzos del siglo XVI consolidan sus posiciones económicas en Sevilla, y, también, en Amberes —los dos mayores focos del comercio atlántico— edificando sobre tan sólidos cimientos el asombroso edificio de su fortuna bancaria y mercantil.

Dueños de cuantiosos capitales, se lanzaron a la gran especulación financiera y política, prestando dinero a los soberanos y asegurándose a cambio de ello, rentas públicas, monopolios, concesiones y privilegios comerciales de todo orden. Al igual que los poderosos Fugger —a quienes ellos desplazaron como principal poder crediticio de la monarquía española— los genoveses, amparándose en la influencia que le daban sus empréstitos a la Corona, fueron posesionándose poco a poco y hasta donde les fue posible, de los impuestos y las rentas del rey de España; y, por si esto fuera poco, también del control del importante mercado de la lana de la península y de la importación de los productos manufacturados, parte de los cuales afluía a Sevilla en razón del abastecimiento de las flotas de Indias.

De la citada actividad de los genoveses en la capital andaluza, nos ha dejado testimonio Cervantes en su novela ejemplar "La Gitanilla". "Allí (Sevilla) —dice uno de los protagonistas de la obra— tengo un caballero genovés... que suele enviar a Génova gran cantidad de plata, y llevo designado que me acomode con los que la suelen llevar, como uno de ellos, y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena, y de allí a Italia,

(2) Francisco Ariño: "Sucesos de Sevilla de 1592 a 1604". Cit. por M. Defourneaux, ob. cit. págs. 94-95.

porque han de venir dos galeras muy presto a embarcar esta plata" (3). En el texto aludido, hay dos puntos que destacar: uno, el hecho histórico de que los ingentes cargamentos de plata americana no significaban provecho para España, sino que, por razones de diversa índole, se volcaban hacia el extranjero; y el otro, la verificación de un hecho ya debidamente comprobado: el notorio aumento, a partir de 1580, del tráfico de especies monetarias y de crédito a través del Mediterráneo occidental, desde los puertos españoles —Barcelona, Cartagena, Valencia— hacia su meta principal en dicha área: Génova.

Al lado de los hábiles y diligentes negociantes genoveses, prosperaban también, en la populosa ciudad del Guadalquivir, flamencos, portugueses y franceses. En "La Española Inglesa", nos habla Cervantes de un rico mercader de Londres que efectuaba operaciones financieras con comerciantes sevillanos, recibiendo dinero y dando a cambio cédulas "sobre otro mercader francés, su correspondiente", en Sevilla (4).

Los franceses, sin embargo, no desempeñaron hasta mediados del siglo XVII sino un papel secundario en el gran comercio; en cambio, eran muchos los que atraídos por los precios elevados y los altos salarios —efecto directo de la afluencia del tesoro americano—, se habían establecido en la ciudad como artesanos o tenderos. Así, ese Pierre Papin, al cual se refiere Cervantes en su comedia "El Rufián Dichoso", y en el siguiente diálogo:

Músico 1.º ¿Aqué'l francés giboso?

Uno Aquese mismo, que en la cal de la Sierpe tiene tienda (5).

Pero si bien Sevilla atraía con sin igual fuerza a los comerciantes y hombres de negocios extranjeros, en la misma medida congregaba también a los mercaderes nacionales, anhelosos de participar en las lucrativas aventuras comerciales que ofrecían las Indias. Andaluces, vascos y burgaleses, principalmente, advirtieron con claridad, al igual que los diestros y tenaces genoveses, las nuevas y amplias posibilidades de Sevilla como capital de un promisorio mundo trasatlántico. De allí su presencia en la ciudad hispalense. Sin embargo, no fueron los comerciantes los únicos en percatarse del singular atractivo de Sevilla. Esta ciudad actuó como un imán para la población de Castilla, pues los inquietos, los aventureros, los ambiciosos y los hambrientos acudieron hacia el sur con la esperanza de participar, aunque fuera indirectamente, de la prosperidad que había generado en ella el grandioso proceso de la conquista del Nuevo Mundo. Muchos de los que llegaron a Sevilla tenían como meta la ciudad misma; pero para muchos otros no constituía más que un lugar de tránsito hacia una nueva forma de vida y hacia nuevas oportunidades al otro lado del Atlántico.

Muy heterogénea era, por lo demás, esa ininterrumpida corriente de personas que convergía en dirección a la metrópoli del Guadalquivir. Algunos eran honrados hidalgos, ávidos de conquistar fama y fortuna en las Indias; otros, audaces aventureros y soldados; otros, en fin, malandrines perseguidos o temerosos de los castigos de la justicia —ladrones, deudores, vagabundos y

(3) Cervantes: "Obras Completas", Aguilar, Madrid, 1960, pág. 796.

(4) Cervantes: "Obras Completas", ed. cit. pág. 868.

(5) Ibid, pág. 333.

bandoleros que pupulaban en los caminos de la península (6)— en suma, la hez de España.

América era el sueño del submundo del hampa que se hacinaba en Sevilla: "las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvaconducto de los homicidas" (7). Así las describe Cervantes en una de sus más logradas novelas ejemplares, "El Celoso Extremeño", la historia de uno de esos emigrantes enriquecidos que al volver del Nuevo Mundo compra casa magnífica, contrae matrimonio, se rodea de comodidades de todo orden —"compró cuatro esclavas blancas, y herrólas en el rostro, y otras dos negras bozales", dice Cervantes— y coloca su dinero en forma de obtener el mayor lucro posible (8).

Esos afortunados enriquecidos en las Indias, contribuyeron, en parte, con la construcción de sumptuosos palacios, al progreso urbanístico de Sevilla a fines del siglo XVI y, sobre todo, en el XVII. De una ciudad árabe de calles estrechas y tortuosas, bordeadas de casas casi desprovistas de ventanas, se convierte en esa época, en una ciudad netamente europea, con viviendas pródigamente abiertas hacia las calles. En "El Celoso Extremeño" de Cervantes, vemos cómo el protagonista central de la obra tiene que emprender una serie de trabajos para cerrar todas las ventanas de su mansión y obstruir el portal de calle, que en Sevilla —explica el insigne novelista— llaman "casa-puerta" (9).

Tal estructura abierta era la nueva modalidad de la construcción habitacional de la Sevilla del seiscientos.

Se ha hecho mención al auge del comercio sevillano fundado en el monopolio del tráfico de las Indias. Sin embargo —y conviene no olvidarlo— esa actividad no excluía otras que contribuyeron también a dinamizar la vida económica de la urbe. Así, las corporaciones de artesanos de diversa índole; más prósperas que en otros lugares de la península por la mayor amplitud del mercado consumidor. Así, también, el comercio del vino, valioso producto del "hinterland" andaluz, que afluía a la ciudad en cantidades considerables. El daba origen a la llamada "vendeja", especie de feria de vinos que se celebraba en Sevilla en el mes de octubre, en la época de Cervantes.

Los barcos del norte llegaban a buscar los vinos de Andalucía, además de la sal, el aceite y las mercancías de ultramar. Cervantes nos cuenta en el "Coloquio de los Perros", los embrollos y artimañas de una muchacha de vida alegre que trabaja en Sevilla en complicidad con un alguacil desvergonzado. La muchacha se ha especializado en explotar a los bretones (es decir, a los ingleses y gentes de los países nórdicos en general); ella —escribe Cervantes— "andaba siempre a caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja a Cádiz y a Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando bretón a quien no embistiese" (10).

(6) El bandolerismo alcanzó proporciones extraordinarias en España en los siglos XVI y XVII. Don Quijote y Sancho se encuentran en cierta oportunidad ante un grupo de ahorcados; el primero explica entonces a su compañero: "son forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la Justicia cuando los coge, de veinte y de treinta en treinta . . ." "Don Quijote", 11, LX.

(7) Cervantes: "Obras Completas", ed. cit. pág. 902.

(8) Ibid, pág. 904.

(9) Ibid, pág. 904.

(10) Cervantes: "Obras Completas", ed. cit. pág. 1009.

El "boom" comercial explica el auge demográfico de la ciudad. En efecto, su población se duplica en la segunda mitad del siglo XVI, alcanzando una cifra aproximada a los 150.000 habitantes, con lo que se convierte, entonces, en el primer centro urbano de España, y uno de los mayores de Europa. Tal población y el tráfico mercantil, determinaron, entre otros efectos, una extraordinaria exuberancia de la vida social sevillana.

Algunos lugares, en especial, destacaban por su animación, colorido y bullicio multitudinario. Así, El Arenal, por ejemplo —cantado por Lope de Vega en "El Arenal de Sevilla"— situado extramuros y sobre la orilla del río, el cual era un animadísimo centro de intercambios y de transporte de mercaderías. También la Plaza de San Salvador, mencionada por Cervantes reiteradamente en el "Rinconete y Cortadillo", era otro concurrido sitio de reunión. Rincón y Cortado habían elegido como lugares propicios para ejercer sus trapacerías y hurtos los siguientes puntos, de acuerdo con un horario especial, "por las mañanas, a la Carnicería y a la plaza de San Salvador; los días de pescado, a la Pescadería y a la Costanilla; todas las tardes, al río; los jueves, a la feria" (11). Se deduce que los citados, eran los sectores de mayor afluencia de público, y, por lo tanto los más aptos para el ejercicio de su "oficio".

La Lonja de los Mercaderes, próxima a la Catedral —una de las mayores de la cristiandad— era el lugar donde se congregaba el ajetreado mundo de los negocios. En las calles vecinas se agrupaban las tiendas atiborradas de artículos de toda clase, cuya variedad evocaba los diversos países de los barcos que remontaban el Guadalquivir. Entre ellos la Alcaicería, respecto a la cual el cronista coetáneo Alonso de Morgado, manifiesta: "Es un barrio lleno de tiendas de plateros, joyeros, escultores, sederos y lenceros, cuya inmensa riqueza está bajo la custodia de su alcaide, y número suficiente de guardas que vigilan de noche y cierran las puertas con llave" (12).

Las famosas Gradas, mencionadas por Cervantes en su "Rinconete y Cortadillo", paseo que rodeaba a la Catedral, eran en los siglos XVI y XVII el sitio más concurrido de la ciudad; lugar donde se vendía y compraba toda clase de objetos; mentidero de toda la villa; centro en que los ciegos mendigaban rezando o mascullando sus oraciones; punto de cita para todo sevillano, y foco de la atracción curiosa de todos los forasteros.

La vida social de la ciudad era en esa época singularmente agitada y efervescente. Cervantes nos ha dejado testimonio de ello en su novela ejemplar "La Española Inglesa", cuando se refiere "al común regocijo en el campo de Tablada y Puerta de Jerez, el día... de San Sebastián, celebrado de tanta gente que apenas se puede reducir a número" (13).

Los oficios de Semana Santa revestían un fasto inigualado, a tal punto que, según un contemporáneo, "deja a Roma, cabeza del mundo, y silla de la Iglesia, muyatrás" (14).

Hasta aquí, nuestro somera referencia a los sitios más relevantes de la Se-

(11) Ibid, pág. 837.

(12) Alonso de Morgado: "Historia de Sevilla" (1587) Cit. M. Defourneaux, ob. cit. pág. 98.

(13) Cervantes: "Obras Completas", ed. cit. pág. 869.

(14) González Céspedes y Meneses: "Historias peregrinas y ejemplares", cit. M. Defourneaux, ob. cit. pág. 103.

villa del seiscientos, tal como aparecen en la obra del insigne creador de Don Quijote.

Pero, tal vez, la alusión más reiterada a la capital andaluza en la obra cervantina, es la que dice relación con el mundo de los bajos fondos, el de aquellos que vivían al margen de la sociedad, en un ambiente en que se codeaban bribones y truhanes de toda laya, desde el inofensivo mendigo al estafador, desde el ladrón pertinaz al vulgar asesino u homicida a sueldo. En suma, el mundo de la vida picaresca, tan magistralmente representado en el "Rinconete y Cortadillo".

Ese estrato de elementos antisociales parece haber sido considerable en la ciudad de la Torre de Oro. "No sé si la misma clima de la tierra, que he oído siempre decir, los demonios tienen más manos aquí para tentar...", escribe Santa Teresa de Jesús, refiriéndose a la aludida característica de Sevilla (15).

Cervantes, por su lado, señalaba en su comedia "El Rufián Dichoso", por boca de uno de los protagonistas:

Ya adivino su mejora
sacándole de Sevilla
que es tierra do la semilla
holgazana se levanta
sobre cualquiera otra planta
que por virtud maravilla. (16)

Indiscutiblemente, la poco grata celebridad de Sevilla en el aspecto indicado, era en esa época, harto merecida. Algunos barrios o sectores parecen haber destacado en forma notoria como focos del hampa y la impudicia. Así, el llamado Matadero, tan certeramente descrito por Cervantes en una de sus mejores novelas ejemplares de contenido picaresco: "El Coloquio de los Perros".

"¿Qué te diría, Cipión hermano —dice en la mencionada obra el dialogante Berganza— de lo que vi en aquel Matadero y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero, has de presuponer que todos cuantos en él trabajan... es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni a su justicia; los más amancebados; son aves de rapiña carníceras; manténense ellos y sus amigas de lo que hurtan..., con la misma facilidad matan a un hombre que a una vaca. Por maravilla se pasa día sin pendencia y sin heridos, y a veces sin muertos" (17). Compartían la siniestra fama de ese lugar, otros barrios sevillanos, a juzgar por lo que Cervantes agrega por boca de *cc* uno de los protagonistas de la novelita en cuestión: "oí decir a un hombre discreto que tres cosas tenía el rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero" (18).

La vida picaresca española de principios del siglo XVII tiene una de sus expresiones literarias más extraordinarias en el célebre "Rinconete y Cor-

(15) Santa Teresa de Jesús: "Libro de las Fundaciones", cap. XXV.

(16) Cervantes: "Obras Completas", ed. cit. pág. 332.

(17) *Ibid.*, pág. 999.

(18) *Ibid.*, pág. 999.

tadillo", escrito en 1601 ó 1602, y cuya acción, como se sabe, tiene como escenario la urbe del Guadalquivir.

Para albergar toda la amplia variedad de especímenes —ladrones, asesinos, tahúres, matones o "valentones", cesantes, soldados desertores, estudiantes— que conformaban la fauna picaresca de la época, no había en España, entonces, ninguna ciudad tan a propósito como Sevilla. Metrópoli opulenta, populosa, y concurrido centro mercantil, ofrecía múltiples oportunidades a todo ese nutrido estrato del bajo fondo delictual. El "Rinconete y Cortadillo" nos muestra, con crudo realismo, la muy diversificada variedad de hurtos, fraudes, trapacerías y agresiones físicas, a menudo mortales, a que recurrían los elementos del hampa sevillana, aprovechando, justamente, esas favorables circunstancias de lucro fácil y siempre al alcance de la mano. Monipodio, el rufián de la citada novela, tenía, por ejemplo, situados en torno a la Casa de Contratación, algunos de sus cofrades para "seguir a los que sacaban dinero... ver dónde lo llevaban y aun dónde lo ponían" (19).

Cabe recordar, al respecto, que la mencionada institución —fundada en 1503—, controlaba la preparación y zarpe de las flotas de Indias y, también, la preciada carga y los tesoros provenientes de América, cuya riqueza se había hecho ya legendaria en la península y el continente.

Favorecía, y en cierto sentido estimulaba, todas esas punibles actividades, la deficiente administración de justicia que parece haber prevalecido, en esa época, en la ciudad, a juzgar por el asombro que manifiesta uno de los personajes del "Rinconete y Cortadillo" ante la "descuidada justicia que había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza" (20). En los grandes centros urbanos españoles del siglo de Cervantes, delincuentes y pícaros formaban, en ocasiones, bandas organizadas, con sus "correos", sus cómplices y sus encubridores. ¿Existieron verdaderas "cofradías" de ladrones, malandrines, con sus estatutos, a imitación de las cofradías piadosas y caritativas? En su "Rinconete y Cortadillo", el máximo escritor de la lengua, pone en escena una organización del tipo indicado, bajo la dirección y autoridad suprema del hambpón Monipodio, cuyos miembros asociaban al desempeño de su "oficio" las prácticas de la más estricta devoción(!), y consagraban parte de sus beneficios a misas dedicadas a los cofrades ejecutados por la justicia.

Los efectos humorísticos que el autor del Quijote extrae de este sorprendente contraste son magistrales e inolvidables. ¿Constituía tal hermandad sólo un producto de la imaginación del inmortal novelista? Un testimonio que data de 1592 parece confirmar la existencia de asociaciones como la descrita en la novela ejemplar ya citada.

"En Sevilla —escribe el cronista Luis Zapata en la fecha indicada— dicen que hay cofradías de ladrones, con su prior y cónsules... hay depositarios entre ellos, en cuya casa se recogen los hurtos, y arca de tres llaves donde se echa lo que se hurta y lo que se vende, y sacan de allí para el gasto y para cohechar los que pueden para su remedio cuando se ven en aprietos".

(19) Ibid, pág. 846.

(20) Ibid, pág. 852.

Agrega el cronista que entre las condiciones de ingreso que exigían, una era la de ser "cristianos viejos" (21).

La amplitud del mundo picaresco español de los siglos XVI y XVII es claro síntoma de un deterioro económico-social muy acentuado, y del cual tuvieron plena conciencia los ensayistas, historiadores y economistas contemporáneos más perspicaces. En efecto, la economía hispánica comienza a manifestar notorios indicios de debilidad a mediados del XVI, los cuales en la última década de esa centuria se agravan iniciando un franco proceso de decadencia y regresión, fenómeno que con posterioridad irá ahondándose sostenida y persistentemente.

Algunos hechos merecen tenerse presente, para explicarse las causas de tan trascendente y decisivo acontecimiento.

En el decenio 1590-1600, la importación española de metales preciosos de América alcanza sus cifras más altas, coronando así una curva ascendente iniciada cuatro décadas antes; después comenzó a disminuir ostensiblemente. Sin embargo —a pesar de la economía rígidamente proteccionista—, este enorme flujo de plata y oro, en lugar de ser fecundo para España, refluía hacia Europa, en parte por el contrabando, en parte por la necesidad de cubrir la balanza deficitaria del comercio hispánico y las ingentes deudas de la Corona, pero, sobre todo, por la política imperialista de los Habsburgos en el continente. En estrecha relación con la importación de los metales preciosos, se producía el alza de los precios; víctimas del cual eran los hombres del pueblo, puesto que los salarios no estaban sujetos a un incremento similar.

Por otro lado, la ausencia de una clase burguesa significativa, la subida de los precios y las barreras aduaneras interiores, determinaron la rápida decadencia de la industria castellana. Y aún peor era la situación de la agricultura, de cuya contracción fue causa principal, además de las cargas impositivas agobiadoras que pesaban sobre los campesinos y el trato preferencial concedido por el Estado a la ganadería lanar, la expulsión de los moriscos (1609-1614), que constituían uno de los sectores económicamente más activos de la población. Ese éxodo masivo, junto con las catastróficas epidemias de fines del XVI, contribuyeron a la depauperación demográfica de España, que desde 1600 hasta 1650 perdió alrededor del 25 por ciento de sus habitantes.

A todos los factores indicados, agreguemos el menosprecio generalizado por el trabajo. No en vano el contador de Burgos, don Luis de Ortiz, proponía en 1558 a Felipe II en su famoso "Memorial", "que se deroguen las leyes del Reino por las cuales están los oficios mecánicos aniquilados y despreciados, y se promulguen y hagan otras en favor de ellos, dándoles honras y oficios..." (22).

El atinado consejo fue una voz en el desierto; la ociosidad tomada como distintivo de hidalguía —como aquel tercer amo de Lazarillo que prefería pasar hambre antes que perder la estimación de las gentes por trabajar— continuaría lastrando gravemente el desarrollo económico de España.

(21) Luis Zapata: "Miscelánea", reeditada en "Memorial histórico-español", Madrid, 1852, t. XI.

(22) Luis de Ortiz: "Memorial". Incluido en: Manuel Fernández Alvarez, "Economía, Sociedad y Corona", ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1963. La cita corresponde a la pág. 383.

“Esto de ganar de comer holgando —observaba Cervantes— tiene muchos aficionados y golosos; por esto hay tantos titiriteros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas...” (23).

La población del reino, como se sabe, estaba dividida por la ausencia de burguesía, en dos grandes clases: la aristocracia y el pueblo, separadas por un abismo de privilegios y de prejuicios. La nobleza, caracterizada por su absoluto desprecio por el trabajo, no sólo poseía inmensos patrimonios y disfrutaba de la casi total exención de impuestos y de la jurisdicción ordinaria de la justicia, sino que también aprovechaba del mando del Ejército y el Gobierno.

Por otra parte, decaída la industria, arruinada la agricultura, y extenuado el pueblo por los impuestos, ese pueblo se debatía en condiciones de vida de extrema miseria. La España del siglo XVII se nos aparece así profundamente escindida entre los dos polos de los muy ricos y los muy pobres. Como decía la abuela de Sancho Panza: “Dos linajes solos hay en el mundo, que son el tener y el no tener” (24); y el criterio para distinguirlos no residía tanto en el rango o la posición social, sino en si tenían o no de qué comer. La constante obsesión por el alimento, que caracteriza a toda la novela picaresca no es más que un fiel reflejo de lo que constituía la principal preocupación de la gran masa del pueblo.

“Hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicción la hambre”, declara uno de los personajes del Quijote (25).

Sin embargo, en la España de la época de Cervantes, los días sobre los que el hambre no tenía jurisdicción, eran, en verdad, los menos. Como válvula de escape a tan deplorables condiciones, parte de esas masas pauperizadas y famélicas afluían a las ciudades —particularmente Madrid y Sevilla— en procura de un alivio a su afflictiva situación. La desesperación social y su consecuencia inmediata, la abyección moral, contribuyeron a forjar el pícaro, y subsecuentemente, dieron origen a una de las creaciones más originales del genio hispánico: la novela picaresca.

“¿Habría podido nacer el pícaro... y con él la picaresca, que no creó sus tipos de la nada, en un país distinto del nuestro?, pregunta el brillante historiador español contemporáneo Claudio Sánchez Albornoz. En un pueblo —añade— que hubiera conocido una vida económica desarrollada. ¿Dónde no hubiese existido una distancia total entre los poderosos y las masas desheredadas de la fortuna?” (26).

El “Rinconete y Cortadillo” —como antes el “Lazarillo de Tormes”— es un retrato desusadamente descarnado y realista de la vida de un sector de la sociedad española, producto de la penosa coyuntura economicosocial a que se ha hecho referencia. Al margen de ello, constituye una cumbre muy alta de la literatura picaresca hispánica; aunque algunos autorizados especialistas discrepan al respecto. Entre otros, por ejemplo —y para citar uno de

(23) Cervantes: “Coloquio de los Perros”. “La Novela Picaresca Española”, Aguilar, Madrid, 1956, pág. 219.

(24) Don Quijote, parte 11, cap. XX.

(25) Ibid.

(26) Sánchez Albornoz, Claudio: “España, un enigma histórico”. Buenos Aires, 1957, t. 1, pág. 573.

los más destacados— el filólogo y romanista italiano Alberto del Monte, para el cual en dicha obra “la realidad infrahumana es rescatada por la inocencia, por la puerilidad, por el desconocimiento de lo ‘demoníaco’. Un contenido genéricamente picaresco —agrega— es trabajado para producir un gran fresco en el cual una realidad abellacada, deforme y embrutecida, adquiere gracia coreográfica y alegre luminosidad, mediante la sonriente indulgencia y el distanciamiento irónico con que el poeta lo presenta” (27).

Sin ánimo de refutar tan fundada opinión, es indiscutible que el “Rinconete y Cortadillo”, y en menor grado, tal vez, el “Coloquio de los Perros”, contienen algunos de los elementos típicos de la picaresca: representación de la vida envilecida por la miseria y el mal, nítida sátira social, personajes anti-héroes, etc.

Por otro lado, constituyen además —y en esto no cabría controversia posible— un valioso testimonio de la realidad social hispánica de fines del siglo XVI y comienzos del XVII. Para ambientar el primero de esos relatos, don Miguel de Cervantes no encontró lugar más a propósito que Sevilla, una ciudad que conocía y comprendía, que amaba y admiraba a la vez. Recuérdese con cuanta emoción, con cuanta amorosa deleitación nos ha descrito en el “Rinconete”, en trazos breves y de inigualable prosa, el brío y jolgorio de la danza andaluza; y esos típicos patios sevillanos enladrillados, “que de puro limpio y aljimifrado parecía que vertía carmín de lo más fino”, ornados con su “cántaro desbocado”, su “estera de enea” y su “maceta de albahaca” (28).

Sólo la incomparable ciudad hispalense podía ser escenario del “Rinconete”. Una obra maestra en su ambiente más adecuado: Sevilla, que ofrecía en su cosmopolitismo de gran emporio comercial europeo, el más resaltante contraste entre opulencia y miseria en la España cervantina; Sevilla, rica, floreciente, magnífica y piadosa —una ciudad que, como decía Guzmán de Alfarache, tenía “un olor de ciudad, un no sé qué, otras grandezas”— pero a la vez, también, marcada hondamente con los visibles males sociales de un tiempo de crisis y franco declive.



(27) Monte, Alberto del: “Itinerario de la Novela Picaresca Española”, Lumen, Barcelona, 1971, pág. 62.

(28) Cervantes: “Obras Completas”, ed. cit. pág. 840.